

DOSSIERRA



Amalia Manso

Jessica León



SOCIEDAD Y CONSUMO SOCIEDAD DE CONSUMO

Rakel Oion
Profesora de Sociología y Trabajo Social UPV



Consumir es una necesidad humana. Necesitamos alimentarnos, cobijarnos, vestirnos, acceder a servicios de educación, salud, cuidados, recreación, expresión artística, etc. Estos son derechos humanos. El nivel de vida de un país se mide por la capacidad de gasto que tienen las personas para satisfacer sus necesidades, junto con la provisión pública de servicios sociales. En muchos países africanos las familias consumen hoy un 20% menos que hace treinta años y dentro de estas las mujeres y niñas tienen menor acceso a la alimentación y educación. Estos son indicadores del empobrecimiento social y de feminización de la pobreza.

Consumir es también una construcción socio económica. En este sentido, el consumo ha cobrado interés como fenómeno social. La ciudadanía hemos consentido ser tratadas como consumidoras. Reclamamos nuestros derechos y existen organizaciones y servicios de atención al consumidor(a). Periódicamente se realizan estudios sobre el incremento de los precios, la evolución de los hábitos de consumo y sobre nuestra propia relación con el consumo.





consumo

Para comprender el surgimiento de la sociedad de consumo en necesario retrotraernos al nacimiento de la modernidad y el desarrollo de la producción industrial financiado por la burguesía, nueva clase social integrada por sectores relacionados con el comercio, la actividad artesanal y profesiones liberales. Sus intereses no son generalizar la mejora en las condiciones de vida de la población por medio del aumento de la producción. Sino promover la propiedad privada de los medios de producción y la libre circulación del dinero y las mercancías. Ideas que se consideran liberales y nuevo sistema al que se denomina capitalismo.

Las sucesivas mejoras en la eficiencia de los sistemas de producción hicieron posible la producción en cadena y a gran escala. Esto requería una salida al mercado de los productos y, en consecuencia, la necesidad de posibilitar el acceso al consumo de la clase trabajadora, lo que se ha llamado consumo de masas. De ahí la combinación de capitalismo y desarrollo de la sociedad del bienestar que, durante un período, promueven la mejora de las condiciones salariales, y la protección social ante situaciones de enfermedad, incapacidad, jubilación y desempleo, por medio de los sistemas de seguridad social.

El paradigma económico de crecimiento continuado ha topado varios techos. Primero, el de la sostenibilidad de los recursos naturales. Per se, y sin que todos los países hayan participado del modelo, no es sostenible. De manera que no es viable para el conjunto de la comunidad internacional. Segundo, crea relaciones desiguales entre los países. Tercero, las necesidades materiales básicas como vivienda, mo-

biliario, electrodomésticos, ropa, etc., pueden llegar a satisfacerse y no requerir reposición durante un período. Esto ha requerido innovación empresarial y el desarrollo de estrategias de marketing y publicidad para generar nuevos productos y crecientes necesidades. El lanzamiento de nuevos productos nos llega antes de que surja la necesidad social de los mismos, como ha sido el caso de las nuevas tecnologías informáticas.

Para poder participar de esta dinámica de consumismo, consumir en exceso mucho más de lo necesario, el crédito por parte de la banca y las empresas ha sido imprescindible y cómplice, invitándonos a vivir en el endeudamiento. Hay que decir que el grave endeudamiento social se debe también a la depreciación en las últimas décadas de los salarios con relación al coste de la vida, en particular de la vivienda, suplido precisamente por las facilidades de acceso al crédito.

En el desarrollo de la economía liberal y la globalización de los mercados, ha sido crucial el desarrollo de las tecnologías de la comunicación y del transporte, que han facilitado el envío de mercancías y las transacciones financieras. Con ello se ha promovido que las empresas multinacionales puedan investigar y diseñar en sus países; importar materias primas de países paradójicamente empobrecidos; producir donde las condiciones laborales y medioambientales son más laxas; y diversificar los mercados, ofreciendo distintas calidades atendiendo al distinto poder adquisitivo.

Hay que mencionar también el interés en los mer-

cados de alimentos y de agro químicos para la agricultura, porque los alimentos son valores seguros en cuanto a demanda regular. Las transnacionales del sector han arruinado economías locales basadas en la agricultura, al introducir sus alimentos a precios por debajo de coste, hasta eliminar la producción local, tras lo cual pueden imponer una subida de precios.

Podemos observar que el funcionamiento empresarial de estos gigantes no genera iguales oportunidades ni desarrollo para todos los países. A lo que se añade su creciente poder para influir en la política internacional y de los gobiernos, imponiendo sus condiciones para asentarse y “generar empleo”. Cuando es sabido que son las pequeñas y medianas empresas las que crean el mayor porcentaje de empleo.

El modelo capitalista ha tenido una deriva neoliberal desde los años 80. Esto ha supuesto, por una parte, la privatización de empresas nacionales como transporte, servicios de correos, telefonía, etc., con la consecuente pérdida de ingresos para el estado y pérdida de empleo público que venía siendo de mayor calidad en cuanto a condiciones laborales. Por otra, la reducción del gasto y de la protección social. Esto ha tenido lugar durante un período en el cual la capacidad de movilización social por parte de los sindicatos se había debilitado. Habíamos entrado en un proceso de fragmentación social e individualización, donde la necesidad de una lucha solidaria por condiciones laborales dignas no se ha percibido de manera general ni cohesionada. Sino que se ha confiado en la fortaleza de nuestras instituciones

y del modelo económico capitalista para generar riqueza y empleo crecientes. El problema de fondo es la falta de distribución de la riqueza y la dejación del compromiso de crear empleo, que es la función social de todo agente económico.

La humanidad y nuestra sociedad está inmersa en una crisis económica, que es el reflejo de una crisis de paradigma, valores, derechos sociales y sostenibilidad. El consumismo tiene relación con la crisis, pero no es su causa sino una característica del modelo económico capitalista neoliberal.

Hay alternativas y las tenemos que generar. Dado que las sociedades son construcciones sociales dinámicas, las personas podemos incidir en la creación de nuestras sociedades. Para ello es necesario que tomemos un rol consciente y activo sobre nuestras necesidades reales, la forma de satisfacerlas, quién se beneficia y los impactos de hacerlo de una manera o de otra; para así motivarnos a comprometernos individualmente con “pequeños” cambios, pero que son la base. Cuando las personas cambiamos hábitos, las organizaciones e instituciones sociales de las que formamos parte (familia, entorno laboral, asociaciones, etc.) se modifican. Llevamos nuestras nuevas prácticas con nosotras y nosotros, compartimos, educamos y como ejemplo, contagiarnos y creamos nueva cultura en valores. Y son los grupos sociales a los que pertenecemos los que pueden influir en la transformación social mediante formas distintas de relación, organización, colaboración, acción, denuncia, presión, reclamación y emprendizaje de propuestas. Otro mundo y consumo son posibles.